

Tamara Trottnner  
Nadie nos vio partir



La pasión no se equivoca, pero a veces se extravía. Por venganza en contra de su esposa, un hombre secuestra a sus hijos y huye con ellos a distintos países. Comienza así una guerra entre dos poderosas familias que ejercen su autoridad y su riqueza hasta las últimas consecuencias. Para una niña de cinco años es difícil comprender que su vida se vea sacudida por una tolvenera de amores y odios, venganza y protección, verdades imperiosas y, sin embargo, opuestas: odiar a quien más ama, confiar en quien le ha mentado. En esta nueva existencia, ella tratará de entender que hay amores que no tienen remedio, que hay vidas que no son normales, que hay odios que no tienen válvula de escape, y que la única verdad absoluta es que el amor incondicional está lleno de condiciones.

La vida es un acontecimiento momentáneo.

OLGA TOKARCZUK

Somos nuestra memoria, somos ese museo quimérico de formas cambiantes, ese montón de espejos rotos.

JORGE LUIS BORGES

La mesa es redonda. De caoba. Cabe apenas un teléfono gris de disco. Miro hacia arriba, a esta edad todo se mira hacia arriba. Mi hermano y yo escuchamos angustiados las palabras que nuestro padre dice al auricular. Yo paseo la mirada de uno al otro sin entender muy bien lo que sucede. Acabo de cumplir cinco años. Este es el último día de mi infancia.

## 1

Supongo que tuvieron que casarse.

Al menos para que mi hermano y yo nacióramos. Aunque a veces me pregunto si para que yo naciera se tenía que tropezar ese específico óvulo con el exacto espermatozoide o si la cuestión es más esotérica y mi alma decidió meterse ahí para cumplir algún propósito.

A veces me digo que fue el destino, entonces no puedo dejar de imaginarlo como a un operador de torre de control aéreo, un operador esquizofrénico que entre carcajadas decide hacer que dos aviones se encuentren de frente.

De una u otra forma, lo cierto es que ahí nació. Por eso la historia es esta y no otra.

Él se llama, digamos... Leo. Antes de ser personajes, las personas se llaman como eligen sus padres. Cuando se convierten en protagonistas el nombre tiene que cambiar, y es que todo se transmuta en la mente del escritor y la mía debe de haber distorsionado tanto la realidad que lo que aquí se plasma es solo una novela. En la novela él se llama Leo.

Ella.

A ella me es más difícil nombrarla. Tuve que preguntarle ¿cómo quieres que te llame cuando te vuelvas personaje? Valeria, me dijo muy convencida. Valeria y Leo se casaron.

Su matrimonio causó tal conmoción que tal vez habría sido mejor que mi hermano y yo escogiéramos otro espermatozoide y otro óvulo para convertirlos en hogar de nuestra existencia. No lo hicimos y ellos se casaron y ahí podría empezar la historia.

Comienza antes.

## 2

Todos los judíos de Rusia a principios del siglo XX tienen una vida que puede convertirse en novela. Es cuestión de que una nieta decida escribirla. Tal vez muchas lo han hecho y por eso hay tantas historias repetidas. La mayoría se parecen, todas nacen del mismo destierro y, sin embargo, no hay una igual a la otra.

El papá de Valeria nació en Kiev a finales del siglo XIX, aunque él siempre sostuvo que era de 1900. Cuando le preguntaban su edad, muy orgulloso respondía, Yo voy con el nuevo siglo. Tuvieron que huir de su país. En Rusia y en Polonia los ataques a los judíos eran cada vez más frecuentes. Entraban a los pueblos a robar y a masacrar, violaban a las mujeres ante la mirada distraída de las autoridades. Decenas de hombres armados, empapados en alcohol y odio añejo, llegaban a destruir las vidas de quienes trataban de existir en silencio. Con cada pogromo se devastaba la esperanza de una subsistencia apacible. Los soldados entran al pueblo, queman casas, destruyen templos y salen cantando. Con cada ataque, en los jóvenes crece la rabia y los viejos pierden la esperanza. Decididos a morir lo más pronto posible, entregan sus posesiones para permitir que los que aún tienen una vida por delante traten de vivirla.

Moisés, sus padres y hermanos disfrutaban de una situación acomodada. Aun así decidieron escapar. En buen momento. Los que optaron por esperar tiempos mejores terminaron en algún horno y después en películas y escritos que repiten una y otra vez la historia de un holocausto que, aunque esté tan escrito, nos sigue dejando sin palabras.

Salieron dos hermanos a tratar de hacer la América, abrir el camino para los demás. Y lo hicieron.

Antes de abordar el barco que los alejaría para siempre de su casa —nunca quisieron ni se atrevieron a volver—, antes de iniciar ese para siempre, fueron a Francia, al puerto de Sancerre. Ahí, mi abuelo compró un lote de medias de seda. Le habían dicho que en América las mujeres podían morir por unas medias francesas. El dinero reunido por familia y amigos cercanos para enviar a los jóvenes a abrir el camino lo invirtió en el preciado tesoro que, al llegar a tierra, se multiplicaría por cien, quizá más. Metió el sedoso botín a una maleta que durante la travesía jamás perdió de vista. Al anochecer dormía sobre ella, durante el día la usaba como mesa para comer y escribir cartas que nunca envió a sus familiares. Se acostumbró tanto al peso del maletín que, cuando ya no lo cargaba, su puño seguía tomando el asa inexistente.

Habría muchas historias que contar de la travesía. No las conozco. Podría imaginarlas. Hubo amoríos, peleas, hambre y sed, mareo y añoranza. Lo que no hubo fue una estatua de bronce que los recibiera aventando dólares al aire para quien quisiera tomarlos.

Los pasajeros habían escuchado hablar de la estatua de la Libertad, señuelo de los barcos que llegaban embebidos en ilusiones y miedos. A unos cuantos kilómetros de las costas de Nueva York, como centinela, se erguía la Isla de Ellis. Quienes sortearan el escrutinio de los agentes estaban destinados a una vida de plenitud y opulencia, porque el suelo de Estados Unidos está pavimentado de oro.

Pero el barco de mi abuelo y de muchos otros abuelos y abuelas que en ese momento eran casi niños nunca llegó siquiera a vislumbrar la estatua. Ellos se quedaron en la costa de un país sumido en una revolución, con pavimento de sangre y fango, no de oro. América al fin, pero una América mucho menos esplendorosa que la que habían soñado.

Mi abuelo nunca pudo pronunciar bien el nombre de Veracruz. Será que le evocaba la angustia de saberse en un lugar inhóspito, en el que gritan en un idioma jamás escuchado, con personas demasiado preocupadas por sobrevivir como para ayudar a otros infelices que inundan sus calles, escapando de una guerra que les es ajena. Contaba, ya de viejo, que el primer momento en el que se sintió agradecido por estar en México fue cuando probó un helado de *gavnavana*.

### 3

Antes de llegar, Moisés escuchó a unos hombres hablando del obligado paso por la aduana. Las cosas de valor te las quitan, a mi primo le arrebataron sus joyas y hasta los zapatos. Mi abuelo entró en pánico. El dinero invertido en las medias de seda, todo lo que poseía, estaba en peligro. Decidió pedir ayuda a sus *shif brooders*, los hermanos de barco que permanecerían siéndolo hasta que cada uno perdiera la vida o la memoria. Llevaban más de cuarenta días de travesía, escuchándose mutuamente las lágrimas y, a veces, hasta algunas risas. Consolaban al de junto para después recibir consuelo. Sabían sus nombres y apellidos, conocían el pueblo que los vio nacer y que los despidió. Moíshe les encargó a varias mujeres que llevaran en sus maletas uno o dos pares de medias, así no llamarían la atención de los policías y al pasar la aduana se las devolverían.

No le regresaron ni una.

Se las llevaron todas, me contaba mi abuelo. Al pedirles que me entregaran las medias me veían como a un loco, aparentando no comprender de qué les estaba hablando.

Ni un par regresó a la maleta que con tanto sigilo había cuidado.

Alguna vez, muchísimos años más tarde, sentados en un café de Polanco, mi abuelo vio pasar a una viejita encorvada, caminando paso a pasito. Esa, me dijo Moíshe al oído, esa es una de las que me robó... eran unas medias tan buenas que de seguro las trae puestas.

Mi abuelo y su hermano se vieron completamente solos, sin dinero, sin idioma, sin ley, sin familia. Sin medias.

México, a principios del siglo XX, era polvo y pólvora. En especial el puerto de Veracruz, un lugar sin maquillaje ni

códigos de etiqueta.

Moishe, por ser el mayor —aunque aún no era mayor de edad— tomaba las decisiones. Su hermano lo seguía un paso atrás, tembloroso, inseguro, aferrado a una patria que jamás había sido suya. Pero de lejos las cosas toman formas caprichosas. Ahora, para el niño, Kiev era un lugar soleado y pacífico en el que los vecinos lo saludaban con palabras que podía entender. Quiero regresar a casa, lloriqueaba cada vez que algún pistoludo lo empujaba en la calle, vociferando insultos.

Moisés nunca miró hacia el viejo continente. Jamás añoró su casa. Clavó la bandera de su fe en este país donde insultaban parejo a judíos y cristianos y, además, no había pogromos.

De mi abuelo materno, fui la nieta consentida, la más chica del montón y la que lo visitó hasta el final. Yo fui quien lo acompañó en la ambulancia que lo llevó al hospital en donde murió unas horas después. Las últimas palabras que me dijo fueron, No te regreses sola.

Regresé acompañada por todos los que lloramos su partida. Rodeada de personas y sintiendo la soledad de mi primer muerto.

## 4

Ana, mi abuela, nació en Waranobich, un pueblo que le quedó chico desde sus primeros pasos. La visión de Ana llegaba hasta sitios tan lejanos que ni siquiera existían para los habitantes del pueblo.

Una niña de vestido al tobillo, pelo recogido, ojos azules que miran a través de las limitaciones impuestas a las mujeres. Naces, aprendes lo más elemental, te casas, traes al mundo muchos hijos. Si tienes la suerte de que sean hombres, habrás cumplido tu misión. Si no, entonces tu vida resultó vacua.

Punto.

Pero Ana estudiaba como si cada página leída, cada suma resuelta, cada nuevo conocimiento pudiera llevarla a un lugar que, por alguna extraña razón, había infiltrado sus sueños. Sus padres la veían con preocupación. Esta niña no es normal.

Terminó primaria. Entre sollozos y miradas de corderito convenció a su papá de que le permitiera seguir en el *Gymnasium* los estudios más elevados. Descubrió que existen profesiones que también las mujeres pueden ejercer. No ahí, pero sí en otros países, porque allá afuera hay todo un mundo que vive con pensamientos nuevos. Algún maestro con ideas progresistas siguió respondiendo sus preguntas y alimentando sus ansias. Hay mujeres abogadas, doctoras, dentistas... Eso quiero ser, dentista. El profesor se dio cuenta de que había cometido un error al sembrar en la jovencita un anhelo irrealizable. Eso no es posible en este país, le explica, y mucho menos en este pueblo. Solo en lugares como América.

América se convirtió en el mantra de Ana.

Unos años antes, un hermano de su mamá había hecho el viaje al nuevo continente y de vez en cuando recibían cartas repletas de las narraciones de un lugar asombroso y libre, en el que todos son iguales, los judíos y los gentiles conviven en paz y si trabajas puedes tener cualquier cosa que desees.

América.

Ahora nada la puede detener, se va a ir a Nueva York, a la universidad de Columbia a estudiar odontología. En su tiempo libre aprende inglés con libros que el profesor le presta a escondidas.

Si realmente te quieres ir tendrás que aprobar los exámenes. Es casi imposible que acepten a una mujer y mucho menos rusa, pero podemos tratar. Tengo un amigo que está dispuesto a ayudarnos con los trámites. Me imagino que el profesor hizo esto para quitarse la culpa de haber metido ideas revolucionarias en la cabeza de una niña sin derecho a sueños propios.

Meses después, llega una carta. Ana está aceptada.

El profesor la abraza, llora. Quisiera ser él quien emprenda el viaje sin regreso. Para los viejos es demasiado tarde.

Ahora el problema es decirles a sus papás. Ana tiene dieciséis años, edad de encontrar marido, no una carrera universitaria.

Entra a su casa con la carta de aceptación en la mano. La cabeza inclinada. El aliento le sabe a miedo, pero no es el miedo de los pogromos, es una ansiedad de vida, de demasiada vida, de esa que casi no cabe por imposible.

Minka, su mamá, la ve entrar y se asusta, sabe que algo ha sucedido. Corre a abrazarla. Vienen a la cabeza imágenes de violaciones, de ultrajes. Ana extiende la carta. La lee sin entender, está escrita en inglés. Ana le explica lo que esas extrañas letras quieren decir.

A pesar de estar feliz con la noticia, la mujer no dice nada, no puede hablar antes de que lo haga su marido, sería ir en contra de su autoridad y eso está prohibido. Mandar a su primogénita al otro lado del mundo, sola, en una travesía desconocida, suena aterrador. Sin embargo, Minka tiene cuatro hijas. Cada noche suplica a Dios que las cuide. Cada vez que llegan soldados rusos a romper puertas con gritos y amenazas, ella esconde a las niñas en el horno del pan. Las primeras veces alguna de ellas lloraba. Después se acostumbraron a la oscuridad, a sentir el temblor de sus hermanas. Cuando pasa el peligro Minka las saca, agradeciendo haberlas salvado una vez más. Pero ¿cuántas veces tendrá esa suerte? Si Ana se va a América ya solo serán tres nombres por los cuales exhortar al Creador. Tres cuerpos temblorosos en el horno. Tres y no cuatro.

De ninguna manera, grita Jacobo.

Cuando Ana está a punto de suplicar, de reclamar, su madre la detiene con esas pupilas que saben decirlo todo. Yo me encargo.

Sí, mi bisabuela siempre se hizo cargo de cualquier situación. Despacio, para que su marido continuara sintiéndose el hombre de la casa, el jefe de familia, creyendo ser él quien tomaba las decisiones que ella ya había resuelto. Esa noche, sorbiendo té caliente, bajo la luz de una veladora, le explicó cómo él prefiere que su hija vaya a vivir con los tíos ricos. Cómo él siempre ha sido más liberal y más inteligente que la bola de amigos del pueblo. Le recordó que para él la seguridad y felicidad de sus hijas está por encima de lo que otros puedan pensar.

A la mañana siguiente, dando un manotazo firme en la mesa de madera, Jacobo dijo, Ya lo decidí, Ana se va a América.

## 5

Queriendo alcanzar Nueva York, mi abuela llegó a México. Se llenaron las cuotas, explican apresurados los de la tripulación. ¿Cuotas? Nadie entiende de qué están hablando, ellos compraron un boleto para ir a América. Sí, esto es América, pero más abajo. ¿Debajo de la estatua? Asustados y confundidos, los viajeros desembarcaron entre marimbas y jarochos.

*Queridos tíos:*

*Llegué a América, a un país que se llama México. Desviaron el barco, dicen que se llenaron las cuotas de entrada a Estados Unidos. No sé qué significa eso, la tripulación no tuvo mucha paciencia para explicarnos lo sucedido. Nos bajaron a empujones, para zarpar lo más pronto posible de las costas de este país que, al parecer, está en guerra. Por suerte aquí hay una comunidad judía que recibe a las personas que, como yo, no tienen familia. Voy camino a la capital, estaré ahí mientras encuentro la forma de viajar a Nueva York. Si ustedes pueden enviarme un poco de dinero, les aseguro que lo devolveré lo más pronto posible. Les mando la dirección en la que me estoy quedando.*

*Gracias por todo, queridos tíos, nos vemos muy pronto.*

*Los quiere mucho su sobrina,  
Ana*

*Queridos tíos:*

*Imagino que no han recibido mis cartas. Me dicen que el correo de México es muy inseguro. La familia que me recibió se ha portado muy bien. Empecé a trabajar para pagar mi estancia.*

*Me contrató como costurera un señor muy amable. Me tiene infinita paciencia, pero yo no sé coser. Hago la mitad del trabajo en el doble del tiempo que mis compañeras. Hablé con él y le dije que me baje el sueldo. Creo que me va a despedir muy pronto.*

*Estoy ahorrando lo más posible para ir a Nueva York.*

*Si no me pueden mandar dinero no se preocupen, gano bien y casi no gasto en nada. Estoy tratando de comer poco para juntar el costo del boleto.*

*Los quiero mucho,  
Ana*

*Queridos tíos:*

*Ha pasado un año desde que desembarqué. Me dice mi mamá que están bien gracias a Dios. No entiendo por qué no me han escrito. Les vuelvo a mandar la dirección en la que me estoy quedando.*

*Tuve la suerte de que me contrataran como encargada en la biblioteca de la comunidad judía de México. Soy una de las únicas mujeres que sabe leer y escribir. Ya tengo ahorrado suficiente dinero para pagar el pasaje, pero necesito que alguien en Estados Unidos me reciba. Solo dejan entrar a aquellos que tienen familiares ya establecidos y una forma segura de mantenerse. Al parecer, cada día hay más personas huyendo de Europa.*

*Espero verlos pronto.*